



En el mes de septiembre los niños y los jóvenes han vuelto a la escuela. A estas alturas parece que todo funciona, y, sin embargo, en todos está presente la misma cuestión: ¿acertaremos en el camino de la educación? Una tarea nunca fácil. De sobra lo saben quienes ejercen esta misión. Son muchos los interrogantes que surgen al respecto: ¿será que hoy es más difícil educar debido a la forma de ser de las nuevas generaciones?; ¿será que los educadores, especialmente los padres y profesores, han renunciado a su misión?

Además de los problemas de siempre hay que reconocer que vivimos en un clima cultural que pone en duda el valor de la persona humana, el significado del bien y de la verdad, donde todo es relativo. Esto hace más difícil educar, pues lleva a múltiples dudas respecto a qué valores y reglas de comportamiento ofrecer como guía sólida. Es verdad que, a diferencia de otros campos como puede ser el técnico o el económico, la formación y el crecimiento de la persona no consiste simplemente en acumular saberes, es necesario ejercitarla en la verdad y la libertad.

Ni siquiera los valores más importantes pueden ser simplemente heredados, sino que han de ser asumidos por un acto de libertad que a veces supone esfuerzo. Para empezar, es imprescindible contar con una visión acertada del ser humano, a partir de la cual ofrecer una propuesta. Como he dicho, educar no es cuestión de mera instrucción o información. Sería empobrecedor dejar de lado las grandes preguntas acerca de la verdad que pueden guiar la vida. De ahí el valor de una educación abierta al patrimonio cultural del que formamos parte, y también a aquellas experiencias morales y religiosas que han iluminado la vida humana, de generación en generación, hasta nuestros días. Es propio del ser humano desde la infancia el deseo de saber y comprender.

De ahí también el valor de una enseñanza rica y sistemática, de una propuesta que lleve al esfuerzo y capacite para aprender y comunicarse. Un camino que debe ayudar a descubrir que estamos llamados a ser felices, sin olvidar que también el sufrimiento y la dificultad forman parte de la verdad de la vida. Urge una educación en el esfuerzo, pues si se insiste en proteger a los jóvenes de cualquier dificultad o experiencia negativa se corre el riesgo de formar personas frágiles y poco generosas. El camino de la educación tiene como referencia

fundamental la relación entre personas.

En este sentido la coherencia del educador es decisiva, así como su voluntad de afrontar la verdad de cada uno desde una actitud de amor, pues esta es la llave que abre la puerta de la formación de la persona. Una actitud que, iluminada por Jesucristo, Amigo y Maestro, impulsa la acción educativa.